

TAILANDIA ANTE EL LIBERALISMO

Tras una espera de dos años, los tailandeses tienen al fin una Constitución. Propuesta por el Gobierno de Sanya Thammasak y sometida a la aprobación de la Asamblea Nacional, la nueva Constitución es la décima del país desde que, hace cuarenta y un años, se puso fin a la monarquía absoluta. Esta nueva Constitución tiene tanto más interés por cuanto sigue a los disturbios del pasado octubre, que provocaron la caída del Gobierno militar y trastornaron profundamente al país.

Después del autoritarismo de los cascos, «el país de los hombres libres» pasa actualmente por una fase de liberalismo acompañada de desorden. Desde hace tres meses, huelgas, manifestaciones y protestas no dejan de inquietar a los «situados» del antiguo régimen y a los partidarios de la democracia. En estas condiciones no se excluye la amenaza de un nuevo golpe militar. La economía atraviesa un período difícil. La crisis mundial del petróleo ha tenido, aquí como en otras partes, importantes repercusiones. El aumento del precio de la gasolina ha provocado un alza general de los precios y ha frenado a la vez la llegada de divisas inyectadas diariamente por los turistas.

Victima de la crisis petrolera y la crisis monetaria

Una hábil política turística había tratado de compensar la partida de los GI's norteamericanos estacionados en Tailandia o los que con base en Vietnam viajaban regularmente a ese país en busca de reposo entre combate y combate. Además, Bangkok se ha beneficiado de una serie de circunstancias particularmente favorables. Antes, los turistas pasaban rápidamente por el país, camino de Angkor o de Camboya. Desde 1970, los templos khmers están en manos de los partidarios del príncipe Sihanuk. A nadie se le ocurre visitarlos ahora. Queda el templo prodigioso de Pagan en Birmania, pero sigue siendo prácticamente desconocido de los occidentales. En vista de la situación, los turistas se quedan ahora en Tailandia. Resultado: un millón cien mil han visitado el país en 1973, frente a ochocientos veinte mil en 1972. Se trata, sin embargo, de un frágil record que se ha con-

seguido gracias al desarrollo de los «charters». Algunas de las compañías de vuelos «charter» no lograrán sobrevivir a la crisis y habrán de suspender sus actividades. Por otro lado, la revalorización del dólar disminuye el poder adquisitivo de algunos turistas europeos, como los franceses, que vacilan en hacer un viaje costoso en unos momentos en que la economía de sus países pierde el resuello.

Por el contrario, la revalorización de la moneda norteamericana debía beneficiar a la economía tailandesa, dado que el bath, la moneda local, esta en paridad con el dólar (20 baths por dólar). Pero antes de que se dejasen sentir los efectos positivos, la economía tailandesa se resintió gravemente de la crisis monetaria. El coste de las importaciones aumentó en un 25 o un 30 por 100, y el índice de inflación, que se mantenía en un 2 o un 3 por 100, se elevó a cerca de un 14 por 100. La mayoría de las huelgas tuvieron como motivo reivindicaciones salariales. Los aumentos concedidos no bastaron para alcanzar a los precios, sobre todo si se tiene en cuenta que Tailandia es un país donde todo el mundo gasta más de lo que gana, y, por lo tanto, se abruma de deudas. Por ejemplo, una botella de lejía, que hace unas semanas costaba 25 baths y con la que al comprador se le regalaba además una cuchara y un tenedor, cuesta ahora 32 baths, sin regalo. Una botella de aceite, que antes costaba 12 baths, vale ahora 24. Uno de los ingredientes de la cocina thaiti, que valía 2,9 baths, cuesta ahora nueve. El precio del arroz se ha duplicado. Hay que tener en cuenta que un obrero gana entre 12 y 16 baths al día. El único consuelo —importante consuelo— es que la próxima cosecha de arroz promete ser muy buena.

La economía tailandesa es tanto más vulnerable cuanto que depende en gran parte de capitales extranjeros, cuyos índices de beneficios están próximos a un 60 por ciento. Los capitales son americanos, japoneses y europeos. Las violentas manifestaciones que estallaron en Bangkok el pasado enero con motivo de la visita a esa capital del primer ministro japonés, Tanaka, constituyeron un claro exponente del malestar reinante. Durante 1973, el déficit de la balanza comercial entre Japón y Tailandia se elevó a casi 280 millones de dólares a favor del Japón.

Una etapa prerrevolucionaria

Paralelamente, la vida universitaria se ha visto profundamente sacudida por una serie de disturbios. Bangkok se convirtió durante enero en teatro de desórdenes y escenas de violencia. En el transcurso de un enfrentamiento entre alumnos de dos escuelas técnicas hubo un muerto. Como remate a aquella batalla campal, se puso sitio y saqueó una Comisaría. Algunos días antes, unos manifestantes que protestaban contra un aumento de las tarifas de transportes, destruyeron una decena de autobuses. La criminalidad urbana cobró igualmente proporciones inquietantes. Dos turistas alemanes fueron apuñalados y murieron de sus heridas. Bastó aquello para que se alzasen voces pidiendo firmeza.

«El país necesita a alguien fuerte. El pueblo no está acostumbrado a la democracia. Hay que decirle en todo momento lo que tiene que hacer. Los estudiantes no están maduros. Es preferible un régimen militar a la anarquía», explica el editorialista de un diario de Bangkok. Esta opinión corresponde a la sustentada por la mayor parte de la clase burguesa, a la cual preocupa seriamente el porvenir. Muchos intelectuales tailandeses son conscientes de que el país ha entrado en una etapa prerrevolucionaria con el empobrecimiento, debido a la crisis económica, de las clases pobres. Tampoco olvidan que los disturbios de octubre fueron obra de hijos burgueses, a los que prestó amplio apoyo la población.

A pesar de estos sobresaltos, la llegada de jóvenes a la escena política —coto tradicionalmente reservado para los hombres de experiencia— es un fenómeno irreversible.

Uno de sus dirigentes, Sackson Prasertkul, que se hizo célebre con ocasión de las jornadas de octubre, parece dotado de un gran sentido político. El poder moral del soberano tailandés es grande y se ha acentuado desde el mes pasado. Después de haber apoyado a los estudiantes con ocasión de los disturbios, el Rey nombró a 2.346 personas, a las que transmitió el encargo de elegir una Asamblea nacional legislativa. Todas las clases socioprofesionales, desde el chófer de un taxi hasta el banquero, pasando por el militar, estaban representadas.

La hora de la CIA

El Rey adoptó una postura clara ante la llegada al país del primer ministro japonés: Sihanuk se ausentó de Bangkok y se dirigió a Chieng Mai, en el Norte de Tailandia. Por el contrario, el Rey insistió en recibir en su residencia campestre al embajador de los Estados Unidos después de que estallasen ciertas manifestaciones provocadas por un error de la CIA. Es preciso decir que se trata de un asunto tan escandaloso como rocambolesco. Un agente de la CIA, el 5 de diciembre pasado, envió al primer ministro, Sanya, y a cinco periódicos una carta firmada por un dirigente revolucionario para pedir al Gobierno tailandés la aceptación del alto el fuego con los rebeldes a cambio de la autonomía. Se descubrió el pastel, y el Gobierno dirigió una protesta a la Embajada norteamericana en Bangkok.

Este «affaire» demostró a los tailandeses, hasta aquel momento habituados al calor de los dólares americanos, que éstos podrían llegar un día a quemarles los dedos. La ayuda militar americana en estos últimos veinte años se ha elevado a mil cien millones de dólares. El pueblo tailandés ha comprendido por fin que la CIA está totalmente infiltrada en el país.

A pesar de todo, no parece que Tailandia vaya a deshacerse pronto de los soldados americanos. Treinta y cinco mil siguen estacionados en seis bases. Tienen a su disposición cuatrocientos veinte cazabombarderos, sesenta «B-52» y unos cincuenta aviones de transporte. La base de Nakhon Phanom, en el Noroeste del país, alberga al centro nervioso del Alto Mando Americano para el Sudeste asiático. El 28 de diciembre, el ministro tailandés de Asuntos Exteriores declaraba que prosiguen las negociaciones para la retirada de las fuerzas norteamericanas, pero que no se podía pensar en una retirada inminente, dada la situación actual de Indochina.

Los americanos no desean abandonar la región. Les importa seguir de cerca los acontecimientos que pudieran producirse en Tailandia. La situación tardará aún varios meses en estabilizarse, a menos que un golpe de Estado de al traste con todo. Ese riesgo es grande en un país en que el pueblo no está acostumbrado a la democracia. ■ LYDIE NICAISE.